

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXII

San José, Costa Rica 1931 Sábado 24 de Enero

Núm. 4

Año XII. No. 524

SUMARIO

Un discurso de Avellaneda.....	Julio Aramburu	Un <i>express</i> sobre las olas	Consuelo Trigo de Azuola
El libro y su lectura	Nicolás Avellaneda	El «home necio» del Arcipreste.....	Juan del Camino
Bucólicas virgilianas.....		Siete décimas	Nicomedes Sanz y Ruiz de la Peña
De los amigos norteamericanos en Hispanoamérica.....	Rebecca Kaye	La mala obra de Raymond Leslie Buell.....	Salomón de la Selva
La hora del Perú.....	Magda Portal	Mi montaña.....	F. Amighetti
Motivos de Año Nuevo.....	Persiles	Bibliografía titular.....	
Letras hispanoamericanas.....	Georges Pittement		

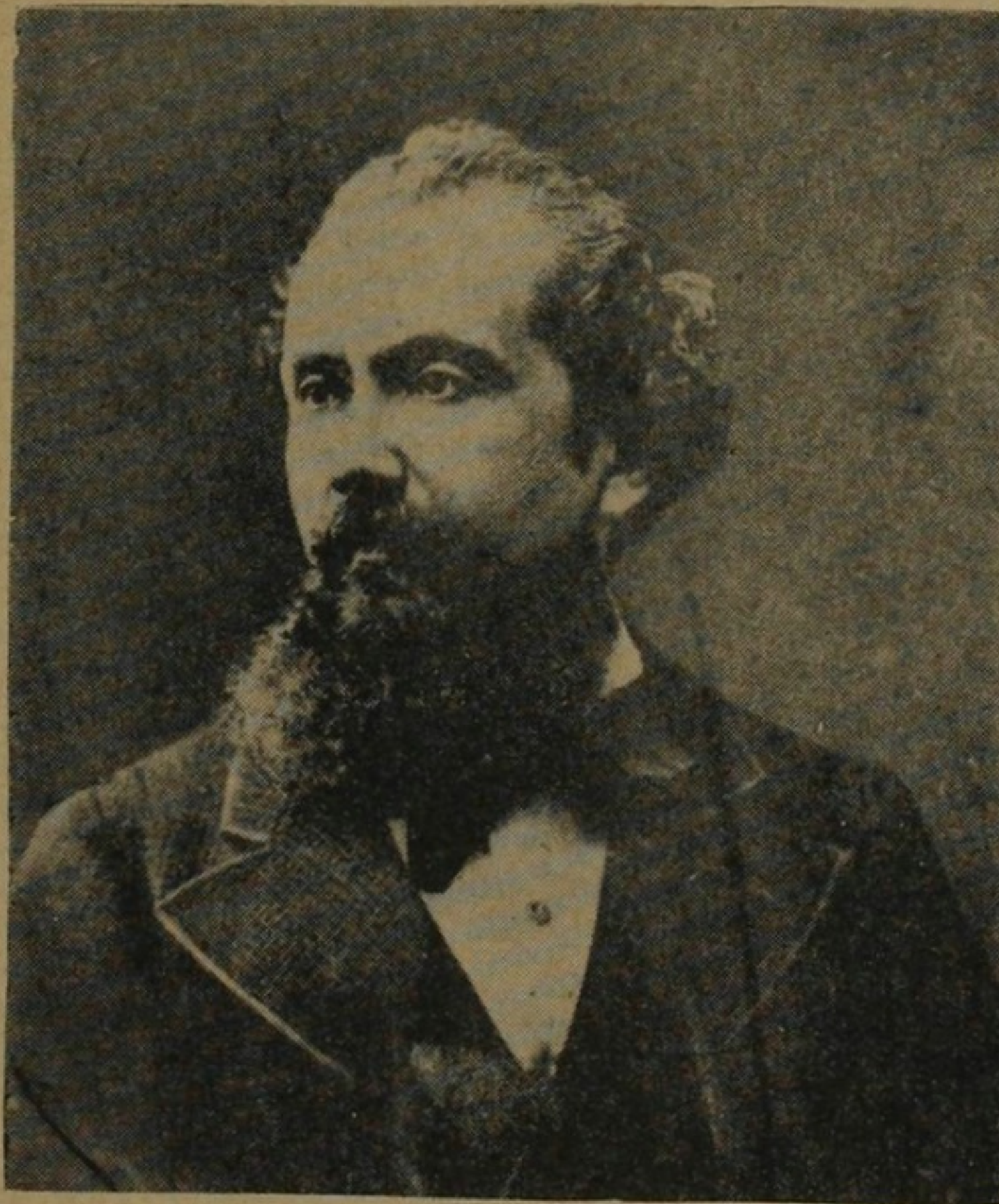
Un discurso de Avellaneda

=De La Prensa, Buenos Aires.=

La ciudad de Tucumán había amanecido presa de un inusitado movimiento de entusiasmo. Flameaban las banderas en los edificios y en algunas calles los arcos triunfales glorificaban la jornada de la fiesta. A la mañana nublada y desapacible fué sucediendo una tenue claridad de perla, un tibio resplandor de primavera. El cielo opaco se tornó límpido y brillante, y a lo lejos comenzó a destacarse la recia armazón del Aconquija. Poco a poco, la gente iba abandonando los hogares y concentrando su destino en el improvisado edificio ferroviario. Allí, en medio del flamante andén, levantaban los postes la simbólica decoración de los gallardetes azules y los escudos patrióticos. La muchedumbre arreciaba su curiosidad frente al templo sin naves del progreso, donde la primera locomotora descansaba su fatiga como un dragón sonoro.

Finalizaba octubre de 1876. Hacía pocos días que el Presidente Nicolás Avellaneda había llegado para inaugurar el nuevo tramo del ferrocarril nacional. Córdoba y Tucumán quedaban unidas con las vértebras de hierro, y la trascendental hazaña merecía celebrarse. He ahí la causa del regocijo popular y la desbordante inquietud de los espíritus. La presencia de Avellaneda resultaba un verdadero acontecimiento para la gratitud social. Volvía a la tierra natal, de donde partió pobre e ilusionado, hecho un hombre ilustre, trayendo sobre su pecho la más alta insignia con que los pueblos premian a los mejores servidores de la patria. Muchos ciudadanos no lo conocían personalmente y otros que lo vieron cuando niño, deseaban estrechar la mano del gran predestinado.

Por eso, aquella mañana de júbilo, todas las clases sociales apretaron su unidad en el libre



Nicolás Avellaneda

El libro y su lectura

=De la obra *Escritos literarios*, por Nicolás Avellaneda. Edición de *La Cultura Argentina*. Buenos Aires, 1915.=

San Juan Crisóstomo, el apóstol de la beneficencia, ha escrito, para expresarla, su más bella y completa definición. La caridad es el don de sí mismo, y el hombre tiene mucho que dar. Puede darse en tanto que es inteligencia, en tanto que es sentimiento y en cuanto posee los bienes exteriores que satisfacen las necesidades físicas de la vida.

Será siempre un acto grato y santo cubrir la desnudez y aliviar el hambre con el lienzo y con el pan de la limosna; pero el don de nosotros mismos por la inteligencia y por el sentimiento, es el atributo de la caridad por excelencia. Los apóstoles recibieron como misión suprema la de la enseñanza.

La sociedad moderna ha inventado la Biblioteca popular; y estamos desde entonces todos llamados a tomar participación en el apostolado sublime. El que da un libro para el uso del pueblo hace el pequeño don de su valor pecuniario y enciende una antorcha perenne, y abre una fuente de elevados sentimientos, para ilustrar y re-

(Pasa a la página 57).

espacio de la estación ferroviaria. En los palcos, las familias destacaban la cambiante belleza de los años. Damas graves y muchachas bulliciosas, presididas por la viviente reliquia de doña Dolores Lavalle. A la hora señalada, se oyó un saludo militar, y entre una agitación de banderitas y voces infantiles, se abrió paso en la densa multitud la brillante comitiva. Allí venía el Presidente de la República, acompañado por Domingo Faustino Sarmiento, el gobernador Tiburcio Padilla, el Ministro de Chile e ilustre historiador Diego Barros Arana, el rector del colegio José Posse, el Ministro Provincial Pedro Alurralde y otros hombres prominentes. Avellaneda avanzaba con paso ceremonioso, agradeciendo los aplausos de sus conciudadanos. En la hora luminosa, los rasgos físicos del primer magistrado adquirían un relieve singular. Su figura menuda y elegante parecía agigantarse, resaltando su cabellera ondulada, la frente dominadora, la barba faraónica y los ojos bondadosos y serenos. Sarmiento caminaba con firmeza, apoyado en el recio bastón, orgulloso de sí mismo, el gesto ceñudo y el ademán inquieto. Hablaba sin fatiga y escuchaba con dificultad, mirando a todos lados, satisfecho por la sostenida ovación popular.

Cuando llegaron al sitio oficial, el público se arremolinó tras la comitiva. Se apagó el eco de los clarines y el golpe de las manos, y en su lugar los videntes personales irrumpían su fervor de exaltación. De pronto, se hizo un gran silencio y, alzado en la tribuna, Avellaneda comenzó a leer sus cuartillas. La voz lenta, fresca y musical expandióse en el aire como una advertencia, para luego adquirir un tono sugestivo y elocuente. El acento claro y varonil llegaba a los oídos como una ráfaga